

Ni iguales ni idénticas. Migraciones de mujeres indígenas saraguras: De Ecuador a la Región de Murcia

Lucía Provencio Garrigós



Tiempos de América, nº 13 (2006), pp. 133-150

De Loja al oriente y del oriente a Loja, de acá "pa lla", de allá "pa ca". Siempre ha estado cambiándose y laboraba de una y otra manera, y a parte ella... siempre iba teniendo hijos, hijos, hijos, somos nueve vivos y cinco muertos.

(Ana, indígena saragura, 25 años)

Estas palabras fueron expresadas por una mujer indígena saragura que hoy vive en la Región de Murcia. Es evidente que, para su comprensión, faltan claves de significación que poco a poco se irán ofreciendo; pero hemos querido comenzar citándolas porque en ellas se define la trayectoria de vida de su madre, en Ecuador, como un eterno desplazamiento. Vamos a tomarlas en consideración porque nos llevan a un tema en el que queremos centrar parte de nuestro análisis: las migraciones al interior del Ecuador protagonizadas por mujeres indígenas. Este será el camino que nos hará posible desarrollar nuestro primer objetivo analítico: entender cómo en estas mujeres se produce la experiencia subjetiva de ir construyéndose como emigrantes a través de diversos desplazamientos previos a su viaje a Murcia. Mujeres y hombres de este grupo étnico-indígena, desde hace relativamente pocos años, andan saliendo de las provincias de Loja y Zamora Chinchipe,¹ al sur del Ecuador, para cruzar el océano y llegar a España, siendo uno de sus destinos la Región de Murcia.²

¹ El pueblo saraguro se encuentra asentado en un vasto territorio que, en sentido horizontal, se extiende desde el extremo noroccidental de la provincia de Loja en la región Interandina, hasta las cercanías de la Cordillera del Cóndor en la provincia de Zamora Chinchipe en la región Amazónica.

² Resulta imposible precisar, con exactitud, la fecha de llegada de los primeros inmigrantes saraguros –hombres y mujeres–. No obstante la hipótesis más aceptada es que empezaron a llegar al levante español –Murcia, Almería y Comunidad Valenciana– a partir de los años 1997 y 1998. P. CRUZ: *Proyecto de Investigación modelo autóctono de desarrollo/ intervención en inmigración: Proyecto Saraguro. Informe final. Investigación en Vera (Almería)*. Dirección General de Coordinación de Políticas Migratorias, Sevilla 2004, p. 20. L. BELOTE: "¿Qué hacen 2000 saraguros en EEUU y España?", en G. HERRERA, M^a C. CARRILLO y A. TORRES (eds.): *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*, FLACSO, Quito, 2005.

Antes de continuar con ésta y otras propuestas, es conveniente indicar que quienes nos van a hacer reflexionar sobre migraciones, son mujeres del pueblo saraguro³ –nacionalidad quichua–.⁴ En este artículo por razones de brevedad, no se planteará la complejidad del mundo indígena saraguro,⁵ ni tan siquiera nos acercaremos a desentrañarla en términos de género.⁶ No obstante, a lo largo del texto, se intentarán dar algunas claves que permitan aproximarse a algunos aspectos de dicha complejidad.

¿Por qué centrar el análisis en un grupo indígena y en concreto en *ellas*? Esta pregunta merecería más de un comentario, pero sólo responderemos tomando prestadas algunas palabras de la antropóloga Blanca Muratorio en sus análisis sobre las mujeres indígenas Napo Quichua:⁷ Porque nuestros constructivismos sobre las migraciones de mujeres ecuatorianas, están siendo desafiados por las propias mujeres que estudiamos, que con sus voces contradicen el carácter esencialista y homogeneizante de las identidades femeninas, proyectándose una imagen que invisibiliza y silencia las complejidades de los distintos grupos étnicos, así como las diferencias y relaciones de género que existen entre cada uno de ellos y dentro de ellos. He aquí el sentido que encierra el enunciado del título: Ni iguales ni idénticas.⁸ Situándonos en este punto, opinamos que sería conveniente una renovación del conocimiento que se adecuara a la realidad de las diversidades⁹ e identidades étnicas¹⁰ y de género¹¹ en Ecuador,¹² un Estado que se reconoce en su Constitución (1998) como pluricultural y multiétnico.

³ Saraguro, aparte de categorizar a un grupo étnico, es también el nombre de un pueblo de la Provincia de Loja. Las/os nacidas/os en él reciben el gentilicio de saraguras/os. Para evitar confusiones, cuando se utilice “saraguras/os” se estará categorizando al grupo étnico de tal nombre.

⁴ En Ecuador existen las siguientes nacionalidades indígenas: Kichwa, Awá, Chachi, Epera, Tsa'chlla, A'l Cofán, Secoya, Siona, Waorani, Shiwiar, Zápara, Achuar y Shuar. [en línea]. [Fecha consulta: 14/12/05]. Disponible en: <<http://www.codenpe.gov.ec/npe.htm>>

⁵ Para un conocimiento aproximativo consúltese: FRANKLIN BARRIGA, *Etnología Ecuatoriana*. Vol 5. *Saraguros*. Quito, (IECE), 1987. J. BELOTE: *Los Saraguros del sur del Ecuador*. Abya-Yala, Quito, 1997. L.S. y J. BELOTE, (comp.): *Los Saraguros. Fiesta y ritualidad*, Abya-Yala, Quito, 1994. D.E. PUNÍN: “Aspectos económicos de los Saraguro”, *América Indígena*, XXXIV, 3, 1974, pp. 741-744. D.E. PUNÍN: “Los saraguros. Estudios socio-económico y cultural”, *Revista de Antropología*, nº 5, 1974, pp. 200-264. S/n. “Pueblos Indígenas del Ecuador”, *Arinsana*, nº 8, 1988, pp. 38-40. S. SACA Q., S.L. QUIZHPE Q. y F.I. TENE S.: *Elementos culturales que identifican a los indígenas Saraguros en los aspectos: Tecnológico, administrativo-jurídico y ecológico*, (FIIS) Fihal FENOCIN, Saraguro-Loja-Ecuador, 2001. L. S. BELOTE: *Relaciones interétnicas en Saraguro, 1962-1972*, Abya-Yala, Quito, 2002.

⁶ L. PROVENCIO: “...Pero verás qué nos pasó para estaros viniendo aquí”: *Mujeres indígenas saraguras en Murcia*. Tesis de Maestría, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, marzo 2005. Inédita.

⁷ B. MURATORIO: “Identidades de mujeres indígenas y política de reproducción cultural en la Amazonía ecuatoriana”, en A. GUERRERO, (comp.): *Etnicidades*, FLACSO, Quito, 2000, p. 240. “Historia de Vida de una mujer amazónica: Intersección de autobiografía, etnografía e Historia”, en H. J. KÖNIG, T. PLATT, y C. LEWIS, (Coords.): *Cuadernos de historia Latinoamericana*, nº 8, Estado-nación, Comunidad Indígena, Industria. Tres debates al final del milenio. Ahila, 2002, p. 208.

⁸ Este título está inspirado en otro de CELIA AMORÓS: “Espacio de las iguales, espacio de las idénticas. Notas sobre poder y principio de individuación”, *Arbor*, nº 503-504, tomo, CXXVIII, nov.-dic. 1987, pp. 113-127. Una versión ampliada y revisada en: C. AMORÓS: *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*, Cátedra, Feminismos, Madrid, 2005, pp. 87-109. Sobre los conceptos igualdad y diferencia consúltese el trabajo de MARÍA LUISA FEMENÍAS: “El feminismo latinoamericano ante el desafío de las diferencias”, *Debats*, 76 (De! post al ciberfeminismo), Institutió Alfons el Magnànim, Valencia, Primavera 2002, pp. 56-64.

⁹ GARCÍA: “La construcción social de la inmigración: El papel de la Universidad”, en A. PEDREÑO y M. HERNÁNDEZ (coord.): *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*, Universidad de Murcia, Aula de Debate, Murcia, 2005, p. 27.

¹⁰ Un texto de Xavier Albó nos ha sugerido que habría que distinguir con mayor claridad cuando hablamos de etnicidad, de qué etnicidad se trata en cada caso, pues esta palabra puede significar cosas diferentes en contextos diferentes. Así, en los contextos andinos el hecho diferencial de lo étnico alude concretamente a lo indígena, pero en otras regiones alude a lo afroecuatoriano.

Es cierto que la historiografía sobre migraciones ha aceptado la categoría “grupo étnico”, para referirse al conjunto de ecuatorianos/as inmigrantes, pero con ella se continúa homogeneizando a todo el colectivo. Posiblemente los estados actuales de las investigaciones no exijan entrar en una excesiva complejidad de las categorías sociales e identidades étnicas. Pero tal vez habría que preguntarse, continuó con Albó, si las/os interesados aceptan las denominaciones genéricas que les adjudicamos. X. ALBÓ: “Lo centrífugo y lo centrípeto en las identidades locales”, en D. MATO, M. MONTERO y E. AMODIO, (coords.): *América Latina en tiempos de globalización: procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*, ALAS, Universidad Central de Venezuela, UNESCO, Caracas, 1996, pp. 232-233.

En lo que respecta a nuestra propia contribución, conviene incidir en que no se pretende llegar a conclusiones cerradas o establecer pautas promedio o extensibles a todas las indígenas saraguras en el contexto de las migraciones, pues el interés básico y fundamental es provocar la reflexión desde las problemáticas específicas de un grupo de seis mujeres partiendo de los detalles de sus narrativas migratorias.¹³ Primero, y como ya se indicó, al interior del Ecuador, y posteriormente –y éste es el segundo objetivo– a la región de Murcia,¹⁴ donde se presentarán algunas de dichas problemáticas en torno a las causas de su emigración y proceso de adaptación. Como en un espacio de las dimensiones de este artículo no podríamos abordar todas las cuestiones nos centraremos solamente en algunas claves de su vida como mujeres saraguras emigrantes.

“DE LOJA AL ORIENTE Y DEL ORIENTE A LOJA”: ECUADOR

Tal y como se decía al inicio, estas mujeres se han ido constituyendo como mujeres emigrantes a través de la experiencia¹⁵ de sus desplazamientos previos; ahora bien, no significa –y esto es esencial– que ellas los hayan conceptualizado como tal experiencia previa, en su posterior viaje a España; porque puede ocurrir, como así sucedió con algunas mujeres, que no los considerasen como migraciones, porque no los habían vivido como tal. La visión, por tanto, que tienen es que su llegada a Murcia ha sido su primera emigración, porque la conciben como salida a *otro mundo*: “Una parte distinta que no se conoce”.

Es importante dejar constancia de que las migraciones entre las/os saraguras/os no son un fenómeno reciente sino que han formado parte de su devenir histórico desde principios del siglo XX caracterizadas, primero, por desplazamientos internos y, recientemente, por internacionales. Dichas migraciones deben ser contextualizadas en el marco de una estrategia productiva de expansión territorial de una agricultura de subsistencia combinada con la explotación ganadera. Esquemáticamente pueden diferenciarse cuatro experiencias migratorias: una primera expansión colonizadora hacia la zona de San Lucas,¹⁶ en el cantón Loja; una segunda hacia el oriente, a la provincia de Zamora Chinchipe¹⁷ (Valle del río Yacuambi primero y después al valle de Nangaritz).¹⁸ La tercera se pro-

¹¹ A. PETIT: “La participación desde el enfoque de género”, [en línea] *Cuadernos electrónicos de Filosofía del Derecho*, nº 12, 2005.

¹² Véase el análisis desde las diferencias entre ecuatorianos/as inmigrantes que plantea P. Cruz, entre ellas señala las étnicas y cómo éstas pueden llegar a marcar las relaciones entre indígenas y no indígenas (mestizos/as), P. CRUZ: “Sociedad local y migración: Ecuatorianos en España”, Programa Andino de Derechos Humanos (ed): *Migración, desplazamiento forzado y refugio*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2005, pp. 313-332.

¹³ El acceso a ese conocimiento se ha realizado a través de los testimonios biográficos, siguiendo el modelo de Historias de Vida, de seis mujeres, que han relatado su experiencia subjetiva como migrantes. Las técnicas que se han empleado han sido: la entrevista en profundidad, y la observación participante (fechas: Abril 2004 a febrero 2005). Un análisis detallado de cómo se realizó el trabajo de campo, se encuentra en: L. PROVENCIO: “...Pero verás. Y ‘Mundos Indígenas, tan lejos, tan cerca: Mujeres saraguras en Murcia’”, *Mundos Indígenas*, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2005 (en prensa).

¹⁴ Se omite el nombre de las comunidades saraguras de las que son originarias las mujeres, así como el pueblo o ciudad en el que viven en la Región de Murcia.

¹⁵ El concepto de experiencia que vamos a utilizar procede de la redefinición teórica-crítica que realizó Joan W. Scott, de la que rescatamos las siguientes reflexiones, por su aplicación en esta investigación: “No son los individuos los que tienen experiencia, sino que son los sujetos los que se constituyen a través de la experiencia”, J.W. SCOTT: “La experiencia como prueba”, en N. CARBONELL y M. TORRAS (comp.): *Feminismos literarios*, Arco Madrid, 1999, p. 86. Consultar también: M.A. CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Cátedra-Frónesis, Madrid, 2001, pp. 82-91.

¹⁶ T. CRIOLLO: *Economía campesina y estrategias de sobrevivencia en zonas de altura, caso: San Lucas-Loja*, Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Loja-Ecuador, 1995, pp. 30-36.

¹⁷ Las migraciones hacia el oriente no han sido lo suficientemente estudiadas, no obstante se dispone de alguna bibliografía entre la que citamos: BELOTE: *Los saraguros del sur*, pp. 282-384. A. TUAL: “Apuntes sobre dos migraciones de los saraguros”, *Revista de Antropología*, (Cuenca-Ecuador), nº 6, julio 1979, pp. 117-129. F. SARANGO: “Los Saraguros”, pp. 339-369. P. MASSON: “Aspectos de “cognición” y “enculturación” en el habla interétnica: Términos de referencia y tratamiento interétnicos en Saraguro, Ecuador”, *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 9, 1983, pp. 73-129.

duce a partir de los años 70 y es de naturaleza distinta a las anteriores. Ya no se trata de desplazamientos masivos, sino protagonizados por jóvenes –hombres y mujeres– que optan por convertirse en profesionales y van a estudiar a las universidades¹⁹ (Loja, Zamora, Cuenca, Quito). Con los viajes internacionales se inicia la cuarta experiencia migratoria. Un primer movimiento tuvo como destino preferente los Estados Unidos, para luego, especialmente a finales de la década de los noventa, incrementarse las salidas, coincidiendo con la agudización de la crisis económica del Ecuador. Un segundo movimiento tuvo destinos más diversificados. Aparece Europa como receptor, especialmente España,²⁰ y en concreto el arco mediterráneo.

La mayor parte de la literatura que analiza las migraciones de la comunidad saragura al interior del Ecuador en el siglo xx no ha contemplado los aspectos de género, porque el modelo teórico que ha utilizado para la comprensión de los procesos migratorios, no implicaba significar diferencias genéricas; la esposa normalmente aparece integrada en el núcleo familiar²¹ que sigue al marido, lo que contribuye a su invisibilización.

Por los datos obtenidos en nuestra investigación no ha sido inhabitual que *nuestras* mujeres hayan realizado desplazamientos de diversa índole, algunos contextualizados en las experiencias migratorias que se han descrito, y otros específicamente femeninos, que abordamos a continuación. Algunas mujeres con edades superiores a 40 años, tras casarse, realizaron su primer desplazamiento, producido por la “patrilocalidad”. Es un dato que no se puede obviar si de migraciones femeninas se trata, pues tal y como explican los estudios antropológicos de género, éstos son específicos de ellas.²² Una de las características que ha definido la constitución de las familias saraguras, ha sido la patrilocalidad, por la que el nuevo matrimonio debe ir a vivir a la casa del padre y la madre del varón,²³ mientras construye su propia vivienda, en terrenos del suegro.²⁴ Algunas mujeres han confirmado que ésa fue la primera vez que salieron de su pueblo, suponiendo a veces un cambio brusco, ya que puede implicar, si ese desplazamiento se realiza a otro pueblo o a otra región, el alejamiento de la propia familia; pero para ellas “ésa es la obligación”.²⁵ Otros testimonios apuntan a la existencia de la matrilocalidad, si los recursos económicos son mejores en la familia de la esposa, pues durante ese tiempo viven de lo que reciben, bien sea de los padres de él o los de ella,²⁶ ya que

¹⁸ Allí se hallan las minas auríferas de Nambija, que se convertirían en destino de migraciones temporales e incluso permanentes.

¹⁹ Esos jóvenes ingresan en la universidad con una ventaja, un bilingüismo (quichua-español) más temprano que el de otros grupos indígenas. Galo Román sostiene que este bilingüismo tiene una experiencia de más de cien años, porque logran mantener un comercio estable con Loja y la costa donde venden sus productos, como el queso, caballos, etc, y compran otros, (información obtenida en conversaciones con Román).

²⁰ Un estudio realizado en el año 2002 sobre emigración en la provincia de Loja, en el que se incluyó el cantón Saraguro, indicó que el 86% de los lojanos y lojanas emigraron a España, y tan sólo un 6% lo habían hecho a los Estados Unidos. B.D. JOKISCH: “El proceso emigratorio en la provincia de Loja”, *Cartillas sobre migración*, n° 6, 2004, p. 3.

²¹ Valga como ejemplo el caso del cantón Yacuambi. En el año 1936 había dos hombres saraguros, y en 1961 se contabilizaron alrededor de 300 familias, con un promedio de cinco a seis personas por familia. Se calculó que aproximadamente habría en Yacuambi de 1500 a 1800 personas. A. TUAL: “Apuntes sobre dos migraciones”, pp. 123-124. BELOTE: *Los saraguros del sur*, pp. 276-279. Un censo de 1998 contabilizó 879 familias, que representaban un total de 3523 personas, (datos proporcionados por Rosario Coronel –Prodepine–).

²² D. JULIANO: *Excluidas y marginales. Una aproximación antropológica*, Cátedra-Feminismos, Madrid, 2004, p. 178.

²³ La patrilocalidad es común en los Andes. Puede consultarse, entre otros, el caso de la comunidad indígena de Cochapamba –cantón Cayambe (Ecuador)– estudiado por M. RENS: *Mitad del Mundo. Mujeres, identidad y simbolismo en Ecuador*, Abya-Yala, Fundación Marjan Rens, Quito, 2003, pp. 55-58. Donde se analizan, entre otros temas, los problemas que para la mujer conlleva este tipo de desplazamientos: adaptación difícil, maltrato de los suegros, etc.

²⁴ S/a, “Fiesta y ritualidad de los saraguros”, en L.S. y J. BELOTE, (comp.): *Los Saraguros. Fiesta*, pp. 18-20.

²⁵ Las citas que van a aparecer a lo largo del artículo, lo harán de dos formas: los fragmentos extensos en letra cursiva. Los fragmentos cortos o incluso sólo alguna palabra, lo harán insertos en nuestro texto, entre comillas y sin cursiva. Ambas utilidades respetan la literalidad y lenguaje de las mujeres. Los (...) indican silencios o pausas en la narración. Los paréntesis señalan que se ha omitido un segmento intermedio del relato, para evitar reiteraciones.

²⁶ S.F. SACA: “Vivienda Saraguro”, en L.S. y J. BELOTE, (comp.): *Los Saraguros. Fiesta*, p. 203.

la nueva pareja económicamente aún no es autónoma y permanece durante un tiempo bajo la protección y vigilancia de una de las unidades familiares progenitoras. Es aquí donde una de las mujeres aporta un dato interesante:

Nos fuimos a vivir ahí, a donde vivía mi padre, a donde vivo yo. Nos dio las vacas que yo tenía, porque mi padre nos daba “pa” todos nosotros, teníamos vacas, “contábamos” (cuando estábamos) pequeñitos nos daba una, entonces de grande van aumentando y tuve siete vacas cuando me casé (...), solo mías. Entonces nos fuimos ahí, mi padre nos dio una habitación, una cocina que vivamos nosotros. Ahí separada de mi papá (Elena 30 años).

Entre la comunidad saragura es costumbre que cuando las/os hijas/os se casan reciban parte de su herencia, el “adelanto”.²⁷ Esto fue lo que le sucedió a Elena. Ella sí recibió, al contrario que su marido.²⁸ Así pues, los cambios en la preferencia del establecimiento básicamente, aunque no exclusivamente, se deben a una adaptación a determinadas condiciones materiales y no a un cambio en el estatus ideológico que ocupan las mujeres en el matrimonio.²⁹

Ahondando en nuestra propuesta de reflexión, citaremos parte de la narración de una de ellas, Ana, en la que relata la historia de su madre, Teresa, como emigrante dentro del Ecuador. Es seguro que nos proporcionará algunas de las claves que pretendemos desentrañar.

Siempre ha estado cambiando en Ecuador, primero ha estado en el campo, con sus animales en el campo, las vacas, las ovejas, los cerdos, los pollos, los cuyes; luego (tras el matrimonio) se dejó todo eso, se botó al oriente, a Nambija, con mi padre y trabajaba lavando. Mi padre buscaba oro en las peñas (minas de Nambija) y mi madre lavaba el oro y luego la ropa de la gente ajena, y cobraba por docenas, en aquel tiempo 500 sucres era doce ropas (...), y en eso trabajó hasta por el 94 o 95 y después en el 96 salió a Loja se dedicó a hacer una tienda para vender, vendía en los carros (autobuses), vendía gaseosa, empanadas, agua, galletas, cigarrillos y todo eso.

Mientras estaban en el oriente todo nos fue bien, ni nos sobraba ni nos faltaba, teníamos 40 hectáreas de tierra en Nambija (...) y todo eso mi madre ha ido cambiando, casi cada un cierto tiempo cambiaba de faena. *De Loja al oriente y del oriente a Loja, de acá pa'lla, de allá pa'ca. Y laboraba de una y otra manera, y a parte ella siempre iba teniendo hijos, hijos, hijos, somos nueve vivos y cinco muertos.*

Y cuando salieron a Loja a ponerse la tienda ésa, y nosotros estudiando en Loja, en la ciudad, y mi padre con el carro viejo³⁰ que se le rompía cada rato y no ganaba “pa” lo que se rompía y había que pedir dinero y sacar (dinero) de la tienda de mi madre, y entonces no crecía la tienda (...). Y todo eso era la ruina, y nos fuimos, “pa bajo”, “pa bajo”, hasta que ya mi padre se endeudó, terminó los créditos y ya no había de donde sacar dinero.

Fueron cambios bruscos que se dieron porque mi madre estaba acostumbrada a estar en el campo, no estar en la ciudad encerrada en una casa sin poder tener un huerto “pa” poder sembrar cilantro, “pa” poder sembrar una lechuga, “pa” poder sembrar algo. En el campo lo que quería sembraba, lo plantaba en la tierra. Entonces ella cuando salió a Loja, a estar con nosotros, se agobiaba en la casa, y le costó mucho acostumbrarse a vivir en la ciudad, “pacá” (para Murcia) ya vino acostumbrada (...), luego se pasó a Quito que también estaba alquilando en una habitación.

²⁷ BELOTE: *Los saraguros del sur*, pp. 173-174, 200-264. D.E. PUNÍN: “Los saraguros. Estudios”.

²⁸ Cada familia se rige por patrones diferentes, que dependen fundamentalmente de las potencialidades de las propiedades (tierras y animales), pues si éstas son reducidas, como generalmente sucede, debido al minifundio como forma de tenencia de la tierra, el *adelanto* no se produce en el momento del matrimonio, sino tras el fallecimiento del padre y la madre, o puede incluso no producirse.

²⁹ V. MAQUEIRA: “Género, diferencia y desigualdad”, en E. BELTRÁN y V. MAQUEIRA (eds.): *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Alianza Editorial, Ciencias Sociales, Madrid, 2001, pp. 143-144.

³⁰ El padre compró un coche viejo para dedicarse a vender productos alimenticios del Oriente en la Costa.

Mi madre ha sido una mujer muy trabajadora, muy fuerte (...) siempre ha estado con un dolor, con otro dolor, pero siempre trabajar y trabajar de acá “pa’lla”. (...). A pesar de que mi padre se endeudó mucho en Ecuador, mi madre siempre al lado de él, nunca pensó decir: “Este hombre ya no quiere trabajar, o no consigue trabajo”, mi madre apoyando siempre “que ya saldremos”, y cuando empezó la gente a venirse a España le dijo a mi padre que se viniera, aunque para ella será difícil vivir sin mi padre, “pero qué vamos ha hacer, estamos endeudados y que los chicos tienen que estudiar”.

(...) ella siempre decía que “por el bien de sus hijos” y, si tiene que estar en la ciudad (Loja y Quito), tenía que acostumbrarse, *olvidar las huertas, olvidar los pollos, olvidar el cerdo, olvidar la costumbre: dejó de hilar guango para anaco y bayeta*. Mi padre ha estado en el campo y la ciudad desde bien joven, entonces le da igual vivir en el campo con los animales o en la ciudad haciendo cualquier cosa, no sufre mucho, porque estaba un poco más acostumbrado que mi madre. *Mi madre se crió en el campo, y estaba acostumbrada a eso, y cuando se pasó a la ciudad echó mucho de menos.*

Es como que cuando ya terminas de cocinar recoges la cocina, te falta algo “pa” seguir haciendo, porque estás en el campo y no paras: te vas a limpiar la huerta, a quitar la mala hierba, te vas a seguir plantando alguna cosa... lavar (Ana hablando de su madre Teresa –46 años–).

Es un fragmento extenso, pero a pesar de todo, vamos a tomarlo en consideración pues Ana, en el ejercicio de narración de su historia personal como mujer saragura y migrante, tiene la cualidad especial –y en esto destaca de otras mujeres– de construir su *memoria* personal incorporando en su narración la memoria migratoria de su madre, e incluso a través de su madre la de su padre y el resto de su familia. Ella nos introduce en las problemáticas específicas de algunas mujeres, aunque en esta ocasión nos ayudaremos de otras voces que pueden ofrecer la posibilidad de experimentar vivencias diferentes a la de Teresa, y que tienen en común, excepto la de Ana, que antes de casarse se dedicaban a trabajar en la explotación agrícola y ganadera familiar y ninguna de ellas había ejercido otra profesión.

La historia descrita muestra que la emigración interna, especialmente hacia el oriente, se plantea tras el matrimonio como una estrategia para hacer frente a la escasez de tierras, teniendo como una de sus causas el *adelanto* y los patrones de herencia, que van fragmentando en exceso las propiedades familiares, y más si el número de hijos/as es grande, llegando un momento en el que lo recibido no es suficiente para sostener económicamente a la nueva familia, pudiendo incluso no recibirse nada, como así ocurrió con Teresa y su esposo (madre y padre de Ana). El oriente se presenta pues, como la posibilidad de comprar parcelas y también –como les ocurrió a varias mujeres integrantes de las conversaciones– como el lugar donde poder asalariarse el marido e incluso ellas y, con lo obtenido, comprar unos terrenos.

La decisión de marchar, bien sea al oriente o a otro lugar, surge en el grupo doméstico; aunque todas –incluimos al resto del grupo– coinciden en que fue una decisión del marido que ellas apoyaron. Aparece en sus historias el término “cuidar” al esposo.

Esto nos conduce a otra cuestión sobre la que queremos incidir: ¿“cuidar” implica solamente un acompañamiento al marido? O ¿puede haber detrás una estrategia de encontrar oportunidades laborales para ambos y así una mejor subsistencia económica familiar? Las respuestas pueden ser tan variadas como mujeres haya, pero pueden tipificarse en tres:

En primer lugar, están las mujeres que se desplazan a lugares donde tienen tierras propias o las compran ya casadas, y continúan desempeñando sus tareas en la explotación económica familiar. En segundo lugar, hay otro tipo de desplazamientos que hacen que merme su capacidad de acceso al trabajo –excepto el de cuidado de la casa e hijas/os– pasando a depender exclusivamente del dinero ganado por el hombre, lo cual puede ser una opción elegida por la propia mujer: una de ellas nos cuenta que cuando su marido obtuvo un puesto en el ramo de las telecomunicaciones, fueron a diversos lugares de la provincia de Loja, desplazamientos en los que ella iba cuidando de las “guaguas”³¹ y atendiendo a su marido. En su pueblo se quedó su trabajo del campo: deshier-

³¹ Guaguas: Niñas y niños pequeñas/os.

bar,³² ordeñar las vacas, hacer quesillo, etc., y algunas de sus ocupaciones domésticas y cotidianas: hilar guango, cocer el mote en fuego de leña, etc. En esos años que duró su emigración nunca buscó un empleo, pues con el sueldo de su marido, dice: “pasábamos muy bien”.

Y en tercer lugar, volvemos a prestar atención a la historia de Teresa que nos abre a una nueva perspectiva: ella sigue al marido a las minas de oro de Nambija, pero lo hace para trabajar. Es por tanto la suya una migración económica³³ –tendrá dos empleos– y eso a pesar de haber sido una mujer que ha estado gran parte de su vida embarazada. Esta imagen demuestra que ese desplazamiento no implica sólo el acompañamiento al marido, sino conseguir un trabajo, como una estrategia del grupo doméstico: ganar dinero, comprar una tierra e ir dando estudios a todas/os sus hijas/os, que iban dejando en la casa de San Lucas –pueblo natal– conforme cumplían los seis años (los mayores pasan a cuidar de los pequeños), objetivo que lograron; incluso algunos varones estudiarán en la universidad.

¿Qué es lo más significativo de la narrativa de Ana? Primero, que es una historia atravesada por profundos sentimientos de afectividad y admiración hacia su madre, destacando de ella dos valiosas cualidades: mujer muy trabajadora y muy fuerte, que siempre anduvo trabajando y pariendo, aunque su cuerpo se le haya ido desgastando y enfermado de artritis.³⁴ En la historia que nos cuenta Ana de sus propios desplazamientos se destacan esas cualidades especiales de su madre, que son las que ella dice haber heredado, y que la llevaron, en el momento de mayor crisis económica familiar, a tomar la difícil decisión de abandonar la universidad de Loja y buscar un trabajo que la conduciría a Quito y luego a España.

Segundo, que a través de los ojos de Ana se vislumbra lo que para algunas mujeres puede significar salir de *su mundo*. Un mundo que para ellas tiene unos determinados significados y prácticas, y que al interactuar en el contexto de la inmigración, se ven obligadas a abandonar, como es el caso del trabajo agrícola y ganadero que desarrollaban en su espacio doméstico: sembrando en su huerto, criando animales. Empiezan a vivir en espacios que les son ajenos, o cuando menos extraños, y que les dificultan el desarrollo de sus identidades como mujeres indígenas saraguras.³⁵ Es significativo, en este sentido, que Teresa dejara de hilar guango, cuando antes, siempre andaba hilando: caminando, antes de acostarse... hilar era una *obligación*.

Para Ana su madre es la portadora de la memoria, la transmisora de las “memorias de identidad”³⁶ genéricas femeninas y la emigración le ha robado la posibilidad de ir construyendo parte de su experiencia como mujer indígena, pues cuando ella cumplió seis años regresó a su tierra natal, junto a sus hermanos para ir a la escuela, y no aprendió de su madre las cosas que le hubiera gustado, como a hilar guango, a utilizar la medicina tradicional,³⁷ etc. Todo este conjunto de

³² Sacar la hierba: se realiza de forma manual, se quita la hierba y se amontona junto a la planta, se utiliza como abono. T. CRIOLLO: *Economía campesina*, p. 124.

³³ H.L. MOORE: *Antropología y feminismo*, Cátedra, Feminismos, Madrid, 1999, p. 120.

³⁴ Blanca Muratorio ha observado este mismo tipo de enfermedad en las mujeres Napo que han dedicado su vida a lavar oro. B. MURATORIO: “Identidades”, p. 253.

³⁵ Véanse las biografías de tres mujeres saraguras, recogidas por M. SNIADOCKA-KOTARSKA: *Antropología de la mujer andina: Biografía de mujeres indígenas de clase media y su identidad*, Abya-Yala, Quito, 2001. La autora presenta la historia de tres mujeres de clase media, que tras un desplazamiento (estudiar a la ciudad, emigración a otra región, etc), no exento de obstáculos, se observa un proceso de reafirmación identitaria. El objetivo es evidenciar que la creación de una clase media indígena no supone la separación de los valores de su propia cultura, más bien los casos que ella estudia hablan de una reafirmación identitaria como saraguras.

³⁶ Expresión tomada por analogía de Blanca Muratorio, que ve como las mujeres mayores indígenas Napo utilizan sus memorias de identidad. B. MURATORIO: “Identidades”, p. 242.

³⁷ Las mujeres saraguras son las encargadas del manejo de la salud familiar, y es normal que en el huerto de cada casa haya un jardín de plantas medicinales. Véanse los trabajos de las antropólogas R. FINERMAN y R. SACKETT: “Using Home Gardens to Decipher Health and Healing in the Andes”, *Medical Anthropology Quarterly*, 17, 4, pp. 459-482.

La medicina tradicional “comprende el conjunto de ideas, conceptos, mitos y procedimientos, sean explicables o no, relativos a las enfermedades físicas, mentales o desequilibrios sociales en un pueblo determinado”, cita tomada

carencias le llevan a decir: “es una pena porque ahora me sentiría orgullosa”.³⁸ Pero también habla de una consecuencia de su marcha y que le afectó especialmente por ser la única hembra entre los hijos: en el momento en el que se alejó del regazo materno, recayeron sobre ella las responsabilidades de las tareas domésticas, tuvo que hacer de “mamá”, para cuatro hermanos varones mayores, le tocó desempeñar los trabajos que hacía su madre: cocinar, lavar, limpiar la casa, pues aunque el padre les tenía repartidas las tareas, siempre recaía en ella un mayor peso de ese trabajo.

Como decíamos, otras mujeres pueden presentar y así lo hacen distintas experiencias. No olvidemos que éstas son tan diversas, como diferentes son las mujeres y sus contextos familiares. Por ello queremos antes de terminar este apartado indicar que no todas las mujeres acompañan al marido en las migraciones internas. Algunas familias optan porque ellas permanezcan en el hogar familiar, como una estrategia económica de sobrevivencia, pues mientras el marido está empleado en la ciudad o emigra temporalmente, ella se queda cuidando de las hijas e hijos, y al mismo tiempo se mantienen las tierras y se continúa con la actividad agraria y ganadera para el autoconsumo y venta en el mercado local –fundamentalmente de cuyes, gallinas, queso blanco tierno obtenido a partir de la leche de las vacas), etc. Ésta es una estrategia de complementación de rentas cuando éstas no son suficientes para la subsistencia familiar o se quiere una fuente adicional de ingresos. Este tipo de migraciones hace que se extienda la feminización de la agricultura, hecho que no es exclusivo de las/os saraguras/os, sino que es habitual en las comunidades indígenas donde los hombres emigran temporalmente.³⁹ Una mujer le decía a su marido: “Tu no estás aquí pero yo tengo leña”. ¡Qué frase más sentida!, que surge de su experiencia como esposa de un hombre que apenas si vivía con sus hijas y esposa, lo que ha hecho que ella haya tenido que aprender a realizar tareas que estaban tradicionalmente asociadas con la masculinidad, que son aquellas que requieren mayor fuerza física: “yo hacía todo... a mí por eso no me vence hacerme nada del campo... si me faltaba leña cargaba la mula. Yo sólo trabajos que me vencen, hice pagar a alguien, pero yo sé hacer todo, hasta lo de mi marido”.

Conviene detenerse un momento en la forma en la que ordena temporal y espacialmente esta parte de su narrativa: llega un momento en el que interrumpe el relato que alude a su pasado para situarse en el presente –el tiempo simultáneo⁴⁰–: “...a mí por eso no me vence hacerme nada del campo...”, se está ubicando como una mujer *fuerte* y capaz de hacer cualquier tarea en el campo murciano, y esto ha sido posible porque ya en ella se ha generado la experiencia de ir construyendo su individualidad como mujer indígena incorporando la *dureza*, cualidad que se asocia al trabajo masculino, por ello se siente capaz de afrontar el trabajo en el campo murciano como inmigrante –trabajo *duro*–, es más, éste es un signo de coraje que la distingue de otras inmigrantes no solamente saraguras, sino también indígenas y mestizas, que según dice prefieren “para limpieza y almacén, el trabajo es más fácil, más suave, más adentro”,⁴¹ tareas que relaciona más con el concepto de feminidad.

No cabe duda que estas mujeres, en sus diversos y distintos desplazamientos han ido haciéndose a sí mismas como emigrantes; puede que no se lo hayan conceptualizado de esa manera, pero es

de: *Fortalecimiento y Desarrollo de los Sistemas de Salud Tradicionales: Organización y Provisión de Servicios de Salud en Poblaciones Multiculturales*. Washington, D.C.: Iniciativa de Salud de los Pueblos Indígenas. División de Desarrollo de Sistemas y Servicios de Salud. Organización Panamericana de la Salud. Organización Mundial de la Salud, Marzo, 1997, p. 13.

³⁸ Algunas de las enseñanzas que recibió mientras permaneció junto a su madre y su padre, provenían de ambos, como el aprendizaje del quichua, que lamenta se le fue olvidando al marcharse.

³⁹ C. LENTZ: *Migración e identidad étnica. La transformación histórica de una comunidad indígena en la Sierra ecuatoriana*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1997, p. 95.

⁴⁰ L. VELASCO: “Identidad y migración. Relato de vida”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, n° 31, al margen, 2004, pp. 90-91.

⁴¹ Alude a trabajos que se realizan en espacios cerrados, como un almacén o una casa.

obvio que la migración comenzó a ser parte de ellas antes de emigrar a Murcia, y ya traían cargada en su cobija la experiencia del olvido, del cambio, de la adaptación y por supuesto de la construcción.

“UNA PARTE DISTINTA QUE NO SE CONOCE”: MURCIA

No cabe duda, de que los motivos económicos vinculados a las crisis económicas del país, la inestabilidad política, las tensiones regionales, la dolarización, el empobrecimiento⁴² han confluído en el Ecuador, especialmente en la década de los noventa, para convertirse en la matriz originaria de las migraciones internacionales. Así ha sido demostrado en numerosas investigaciones.⁴³

Efectivamente, las causas económicas son las aducidas por las mujeres saraguras para su venida a España: empobrecimiento, dolarización, dar estudios superiores a las hijas e hijos, etc. Pero nos interesaba ir más allá de esas respuestas, y entrar en las motivaciones personales, para que éstas nos dejaran captar la posible *originalidad*,⁴⁴ el estudio realizado ha permitido observar ciertas especificidades en los patrones migratorios saraguros, de entre las cuales destacamos: son los hombres los que crean el primer eslabón en la cadena migratoria, pasado un tiempo se les une la mujer. Asimismo se destaca que se ha producido una venida progresiva de las esposas cuyos maridos han emigrado, incluso algunos de estos matrimonios han conseguido la reagrupación familiar. Ante la pregunta hecha a mujeres y hombres de si conocían saraguras que hubieran venido solas, respondían que había alguna, pero que no sabían dónde se encontraban. La respuesta más común fue que las que venían “solas” eran las “mestizas”, pues las saraguras lo hacían con sus maridos. Existe una valoración negativa, en ambos sexos, en la percepción que se tiene de las mujeres “solas”, pues han abandonado a su marido e hijos/as. Es distinta la percepción si el emigrante individual es varón,

⁴² Un dato revelador: entre el año 1995 y el 2000 el número de pobres en el Ecuador creció de 3'9% a 9'1% millones de personas, en una población total de poco más de 12 millones de habitantes (censo 2001). A. ACOSTA, S. LÓPEZ y D. VILLAMAR: “Ecuador: Oportunidades y amenazas económicas de la emigración”, en F. HIDALGO (ed.): *Migraciones. Un juego con cartas marcadas*, Abya-Yala, ILDIS-FES, Plan Migración, Comunicación y Desarrollo, Quito, 2004, p. 260. Partiendo del informe que emitió el Banco Mundial sobre la crisis del Ecuador, Paloma Fernández indica que “la pobreza es la fotografía de la población rural indígena”: hogares ampliados, madre con nivel educativo bajo, emigración de los adultos, etc. “Trayectorias migratorias y la ficción de la masculinidad hegemónica”, en V. BRETÓN y F. GARCÍA (eds.): *Estado, etnicidad y movimientos sociales en América Latina. Ecuador en crisis*, Icaria, Barcelona, 2003, pp. 327. Estamos de acuerdo con Pilar Cruz, cuando dice de que algunas de estas características se pueden aplicar a los indígenas saraguros que han emigrado, aunque sería preciso un estudio más profundo para llegar a conclusiones más definitivas, *Proyecto de Investigación*, pp. 59.

⁴³ Sirvan como orientación: C. LARREA: *Pobreza, Dolarización y crisis en el Ecuador*, Abya-Yala, Quito, 2004. A. ACOSTA: “Ecuador: del ajuste tortuoso al ajuste dolarizado... (qué he hecho yo para merecer esto)”, *Ecuador Debate*, nº 50, diciembre 2000, pp. 66-103. A. ACOSTA: “Ecuador. Deuda externa y migración, una relación incestuosa”, *La Insignia*. Ecuador, septiembre 2002. A. ACOSTA: “La trampa de la dolarización”, *ALAI, América Latina en movimiento*, 23/06/2001, [en línea]. <Disponible en: http://alainet.org/active/show_text.php3?key=1473>. [Fecha de consulta: 31/12/04]. A. BARRERA: “Ecuador. Cuando la crisis se hace cotidiana”, *Leviatán*, 2000, pp. 47-56. C. LARREA y J. SÁNCHEZ: “Pobreza, dolarización en el Ecuador”, *Ecuador Debate*, diciembre 2003, nº 60. [en línea]. <Disponible en: <http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas/debate905.htm>>. [Fecha consulta: 16/03/04]. F. THOUMI y M. GRINDLE: *La política de la economía del ajuste: La actual experiencia ecuatoriana*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, Quito, 1992. F. GARCÍA: “De la “década perdida” a otra “década perdida”. El impacto del ajuste estructural en Ecuador y en América Latina, 1980-2002”, en V. BRETÓN y F. GARCÍA (eds.): *Estado*, pp. 57-106, y en la misma monografía: J. LEÓN: “Un sistema político regionalizado y su crisis”, pp. 25-55.

⁴⁴ Llegar a este grado de profundización precisa la creación previa de un clima de confianza entre las mujeres y nosotros, para lo cual fue imprescindible que en la primera etapa del trabajo de campo se desarrollara, de forma casi exclusiva, la técnica de la observación participante, tras la cual se pudo pasar a realizar las entrevistas en profundidad sobre temas que incluían la vida privada. La primera fase posibilitó también que las conversaciones posteriores con cada una de ellas pudieran mantenerse en sus casas o en las habitaciones subarrendadas en las que vivían, es decir un espacio físico privado y doméstico más adecuado para tratar temas de la vida privada y personal. L. PROVENCIO: “Mundos Indígenas”.

pues como cabeza de familia, es responsable de buscar y conseguir ingresos monetarios para la familia,⁴⁵ aunque esto pueda incluir una emigración internacional.

Este planteamiento está basado en la observación participante, por lo que posiblemente no pueda ser considerado como conclusión, pero creo que es una hipótesis que no debe despreciarse.⁴⁶ De momento, y hasta que se no se realicen otras investigaciones que la confirmen o desmientan y que incluyan análisis con vertientes más inclinadas a la cuantificación, creo que es válida. Y viene también sostenida por las razones que argumentan las mujeres para venirse. Al análisis de ellas pasamos a continuación.

A pesar de que cada mujer tiene su propia historia y sus particulares razones para haber emigrado, partimos de la revisión teórica de género que ya planteó Henrietta Moore⁴⁷ sobre la migración femenina, que sucesivos estudios de caso han demostrado, como los realizados por Herrera y Martínez en Cañar, Azuay y Loja (Ecuador).⁴⁸ Observamos que las migraciones son planteadas como estrategias familiares, y no individuales, en las que las consideraciones sobre costos (económicos, emocionales, desarraigo, etc.) y beneficios (económicos principalmente) juegan un papel importante en la toma de decisiones dentro de la unidad familiar, para la sobrevivencia doméstica. Este planteamiento revisado desde la perspectiva de género lleva al centro del debate las relaciones de poder dentro de la familia, en términos de conflicto, acuerdo, solidaridad, complementariedad, equilibrio etc., entre el hombre y la mujer, y también intergeneracionalmente con otros miembros de la familia (abuelas/os, hijos/as, etc), y la comunidad. Todo ello debe llevar a comprender cuáles son los conceptos, identidades y significados de género que se manejan a la hora de decidir la persona que va a emigrar.⁴⁹

Al examinar el contexto concreto de nuestra investigación aparecen, aunque no de forma homogénea, algunas de las premisas indicadas anteriormente: la decisión de emigrar por parte del marido, articula y pone en juego relaciones jerárquicas y desigualitarias de género.⁵⁰ Cuando se inicia el proceso de emigración internacional, no todos las/os integrantes de la familia tienen las mismas preocupaciones e intereses; pero es el esposo el que normalmente hace prevalecer su opinión. Ordinariamente en el transcurso de las discusiones sobre la conveniencia de la emigración –discusiones que no implican equidad de poder de decisión por parte de la mujer– la esposa termina por acceder, a cambio de la promesa de recibir las remesas de dinero.

⁴⁵ G. HERRERA y A. MARTÍNEZ: *Informe: Género y migración en la región sur*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Mayo 2002, p. 50. G. HERRERA: "Migración y Familia: Una mirada desde el género" [en línea]. *Primer Encuentro de LASA sobre estudios ecuatorianos*, Quito, 2002.

⁴⁶ La historiografía feminista y/o de género generada en torno al tema de las inmigraciones ecuatorianas apuntan a que se ha producido desde 1998-99 un proceso de feminización, siendo la mujer el primer eslabón en la cadena migratoria, entre el conjunto del colectivo. De entre toda esta bibliografía queremos destacar los trabajos de CLAUDIA PEDONE, especialmente su tesis doctoral: "Tú siempre jalas a los tuyos". *Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España*, Universitat Autònoma de Barcelona, Noviembre 2003, cap. V, pp. 275-328. Otras publicaciones están incidiendo en la relación existente entre la feminización de la emigración y la crisis económica del Ecuador como es: G. CAMACHO: "Feminización de las migraciones en Ecuador", en F. HIDALGO (ed.): *Migraciones*, pp. 303-325.

Si que se observa que éstas y otras investigaciones matizan las posibles incidencias o variaciones que supondría introducir la diversidad étnica –entiéndase indígena– en las problemáticas que analizan, así como sus derivaciones hacia las conclusiones. Así pues, puede resultar relevante especificar la etnicidad de las mujeres sujeto de estudio.

⁴⁷ H.L. MOORE: *Antropología*, pp. 119-123.

⁴⁸ G. HERRERA y A. MARTÍNEZ: *Informe*.

⁴⁹ La bibliografía sobre esta temática es diversa, remitimos a la ya citada, pero señalamos como imprescindibles: C. GREGORIO: *Migración femenina. Su impacto en las relaciones de género*, Narcea, Madrid, 1998. "Desigualdades de género y migración internacional: el caso de la emigración dominicana", *Arenal*, vol. 6, n° 2, 1999, pp. 313-341, C. GREGORIO y B. AGRELA (eds.): *Mujeres de un solo mundo: Globalización y multiculturalismo*, Universidad de Granada, Feminae, Granada, 2002.

⁵⁰ G. HERRERA y A. MARTÍNEZ: *Informe*, pp. 11-12.

(su marido) Cobraba bien, ganaba mucho dinero en las telecomunicaciones... Se le metió la brutalidad de vender la renuncia⁵¹... le lloré que no vendiera, pero se metió en la brutalidad de vender, y luego empezó a negociar en los carros y le fue mal, perdió el dinero de la renuncia, por eso lo que vino a España, y al ser mi marido empleado nosotros estuviéramos igual con mis hijas, por eso a veces digo a mi marido: "tú tienes la culpa, tu hiciste esas cosas, Dios te dio una profesión para que nosotros podamos vivir y nuestras hijas. Tú tienes la culpa, tú vendiste la renuncia, y luego nos quedamos sin dinero, y tenemos que salir a buscar el dinero 'pa' poder seguir ayudando a nuestras hijas" (...) Él vino, yo no lo quería mandar, sufrí bastante, yo estaba enseñada con él y luego, a los tres meses sentí mucho, ¡uf! madre mía... a mí me decían los amigos que me iba a morir por la pena de mi marido, porque volví flaca, lo extrañaba mucho, hasta me enfermé (María, 47 años. 24/10/04).

Es una historia⁵² repleta de culpas, de indignación, de rabia e incluso de odio hacia el cónyuge a quien pensó en abandonar, pero al final se convierte en una historia de añoranza, tristeza e incluso enfermedad. Sin embargo, también es un episodio narrativo de los dos momentos claves en los que se decidía sobre el futuro económico de la familia y en ninguno de ellos hubo un proceso de negociación y acuerdo entre ambos. Al final María acepta porque lo ha decidido él, convencido, según ella, por unos amigos que se venían a España a trabajar.

María, como otras mujeres, se quedan allí con la deuda que van pagando con el dinero que los maridos les envían; pero al cabo del tiempo, meses o incluso un año, las remesas empiezan a disminuir, momento en el que, normalmente a través de información telefónica, les llegan noticias como las siguientes: "no trabaja mucho", "más se dedicaba con los amigos a beber cerveza", "se puso a la mala vida... beber mucho, salir con mujeres... entonces el dinero lo terminaba". Éstas son las razones que aducen algunas mujeres para que sus esposos no les enviaran dinero, "ni un dólar...no pagaba la deuda y haciendo intereses, intereses". Es entonces, cuando ante el incumplimiento del acuerdo de enviar las remesas de dinero, las mujeres se ven *obligadas* a tomar la decisión de emigrar, produciéndose entonces un replanteamiento del proyecto migratorio inicial acordado entre la pareja y el alcance de nuevos objetivos tras lograr pagar la deuda.

Con todo, existe otro aspecto en la cuestión de las remesas sobre el que es preciso incidir, porque puede afectar particularmente a las mujeres a la hora de decidir emigrar:

porque ya no me mandaba dinero y yo solita allá. *Y la familia allá también que me molestaban, me decían cosas que no podían ser, que yo no había hecho nada allá de malo... me decían que yo estoy malgastando el dinero*, que él (marido): "me está mandando mucho dinero de aquí", pero en su caso no me mandaba mucho dinero, me mandaba poco, me mandaba solo "pa" la comida, ni me alcanzaba. Entonces *mi madre me ha dicho: "que es mejor que me vaya que ella me cuida los niños"*. Entonces yo me agarré, me vine, porque él no quiso que yo me venga... se enfadó. Entonces yo le dije: "Yo no me quedo aquí, yo me voy porque la familia no me dejan tampoco vivir en paz aquí, mejor prefiero estar allá, y si tú ya pues, no me quieres pues yo ya aunque sea me buscaré un trabajo sola y yo sabré como veo mis críos, porque yo ya no puedo estar solo con ellos, porque el dinero que tú me mandas a mí no me alcanza". Entonces yo me arriesgué y me vine acá (Rosa, 32 años).

Ella se quedó encargada de administrar el dinero de las remesas,⁵³ invertirlo en la subsistencia de los hijos y en pagar la deuda, en la que se incluía un préstamo realizado por la familia del espo-

⁵¹ Renunció a un puesto de trabajo en una empresa de telecomunicaciones, y recibió una indemnización, que eximía a la empresa de pagarle la pensión de jubilado.

⁵² Ha sido preciso remontar la narración, hasta el momento en el que María expone las razones que desencadenaron la salida del marido, pues de lo contrario no se puede entender la posterior emigración de ella.

⁵³ El informe de Gioconda Herrera y Alexandra Martínez, sobre género y migración en la región sur del Ecuador, muestra líneas de investigación sobre cómo analizar el tema de las remesas, sus líneas de trabajo las llevan a investigar cómo el control y uso de las remesas por parte de las mujeres está sujeto a controles familiares y por otro lado las mujeres que se quedan cuidando de la familia ven incrementados sus niveles de dependencia frente a los ingresos, pues no tienen la libertad de decidir sobre ellos. y llegan a la vez que plantea que éstas pueden modificar las relaciones de género. G. HERREIRA y A. MARTÍNEZ: *Informe*, pp. 31-42.

so. Al no ir recibiendo los pagos del préstamo los parientes comienzan a dejarse llevar por el discurso imaginario que se ha ido construyendo en torno a la emigración, como fuente de dinero abundante y rápido. Rosa intentó ante la familia destruir ese mito, pero le fue imposible, pues el “síndrome migratorio”, como llama Emily Walmsley⁵⁴ o impacto cultural de la migración, está demasiado arraigado en quienes se quedan. Esto hace que esté añadiendo un nuevo significado a la categoría “mala esposa”, en realidad se quiere decir “mala esposa de emigrante”, como la mujer que no sabe administrar el dinero que *seguro y regularmente* recibe.

Los comportamientos derivados de las remesas se convierten en un tema particularmente complejo para algunas mujeres, más en aquéllas que para financiar el viaje del marido han contraído deudas con la familia consanguínea o con la parentela del esposo, especialmente con ésta última. Deben demostrar que son unas *buenas esposas de emigrantes* no malgastando el dinero que ellos les envían; además deben, al poco tiempo de haber partido los hombres, hacer ver que efectivamente ellas administran bien. La forma es ir pagando la deuda. En caso de no poder saldar el débito, comienzan a ser acusadas de malas esposas. Las culpables son *ellas* y, al final, esto las conduce a un túnel de conflictos familiares y personales en el que acaban, como le ocurrió a Rosa, cediendo frente al enorme poder de presión del mito migratorio. Ante esa tensión algunas mujeres eligen emigrar para trabajar y pagar esa deuda, aunque esto les suponga la experiencia dolorosa de escisión con respecto a sus hijos, para lo que es fundamental contar con el apoyo de familiares que se hagan cargo del cuidado de los chicos. En el caso de Rosa, su madre la apoyó para que se marchara quedándose a cargo de sus cuatro nietos, pues igual que su hija no pudo hacer nada para reparar la maltrecha imagen que la familia de su yerno había ido construyendo de Rosa. El sentimiento de abandono a los hijos se agravó ante la negativa del cónyuge a que se reuniera con él, y saber que posiblemente hubiera de enfrentarse sola a un nuevo proyecto migratorio.

Una vez tomada la decisión de emigrar, se detecta en las mujeres algo peculiar y exclusivo derivado del hecho de su maternidad y que es lo que más les preocupa: dejar a sus hijos e hijas al cuidado de algún familiar. Normalmente son mujeres de su propia familia: madres y hermanas. Si el número de hijos/as es grande, algo bastante habitual, la situación se complica, pues deben dejarlos con alguien que garantice que los cuidará a todos. En otros casos cuando hay hijos o hijas adolescentes o con edades superiores a 16 o 17 años, se quedan como “mamás” y “papás” de los más pequeños, asumiendo el rol de madres o padres. Esta inquietud se da en las mujeres, y no tanto en los hombres, pues cuando ellos vinieron dejaban a sus hijas/os con la esposa. Y más aún: su marcha lleva aparejada la aparición de un sentimiento de culpabilidad por el abandono de los hijos y de las hijas, y responsabilizan de ese sentimiento al esposo que, al no enviar dinero, las obliga a dejarlos: “a veces me viene a la cabeza y le digo: tú tienes la culpa de que mis hijas estén así (solas)”.

La emigración internacional ha hecho que de forma permanente se instale en ellas el miedo a la desaparición del rol de madres, surgiéndoles todo un conflicto interno sobre la pérdida de la identidad materna.⁵⁵ Es habitual que estas mujeres utilicen la expresión: “descariñado”, refiriéndose a sus hijos e hijas; por ejemplo una madre dice que para su hija pequeña “su mamita era mi hermana”.⁵⁶ Pero las vivencias en torno a la maternidad, evidentemente son muy complejas, y no sola-

⁵⁴ E. WALMSLEY: “Transformando los pueblos: La migración internacional y el impacto social al nivel comunitario”, *Ecuador Debate*, n° 54, diciembre 2001. [en línea]. [Fecha consulta: 14/12/05]. Disponible en: <<http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas356.htm>>

⁵⁵ Sobre la pérdida de la identidad del hombre como padre, quedan pendientes investigaciones para poder llegar a conclusiones. Arriesgándonos a caer en esencialismos y tópicos diremos que el riesgo a perderla, puede incluso no llegar a aparecer, pues es una figura, que como dijo una mujer: “él siempre andaba lejos”, y sus hijas no llegaron a extrañarlo mucho; lo añoraban, pero no como a su madre que desde que nacieron estuvieron con ella. Evidentemente este planteamiento es insuficiente, esperaremos a futuras investigaciones.

⁵⁶ El esfuerzo para recuperar su identidad como madres, implica aspectos materiales, como el de enviarles o llevarles comida y juguetes. No es algo exclusivo de las saraguras. Esta es una práctica muy utilizada por las mujeres emigrantes que van retornando –temporal o definitivamente a su tierra–, produciéndose una vinculación de la afectividad a lo material,

mente el *cuidado y afecto maternal* preocupa cuando los hijos e hijas que dejan son menores, también preocupan y mucho, cuando son mayores, como se puede leer en el siguiente texto. Sobran los comentarios:

a ellas se les metió algo en la cabeza y se hicieron de novio... todo es por mi culpa, por la culpa mía... siento mucho por ellas... (la mujer comienza a llorar) ...es que si yo estuviera con ellas yo igual estaba vigilando que sigan estudiando se graduaban, terminaban el estudio, luego a lo mejor se hacían de novios, pero ahora como se despecharon al ver que yo me vine dejándolas solitas... ellas no eran enseñadas a pasar solas, eran muy apegadas a mí, tenían mucha confianza, todo me contaban a mí.

Tales sentimientos: abandono, culpa... habían aparecido en las migraciones internas, pero no con tanta intensidad, pues o bien se llevaban consigo a sus hijos/as o los visitaban periódicamente. Ahora: la distancia, las leyes de inmigración, el coste del boleto de avión, el tener que trabajar más allá de las quebradas andinas, provocan que se pasen dos, tres, o más años sin ver a sus hijas e hijos, y que se comience a definir su maternidad como “transnacional” o “a distancia”⁵⁷ tal y como les ocurre a ya demasiadas madres inmigrantes.

El tema de la maternidad es más complejo de lo que aquí podemos desarrollar, pero algunos interrogantes pueden indicar el camino para futuras reflexiones. Destacamos uno: ¿cómo viven su maternidad las mujeres que dan a luz como inmigrantes? Merece la pena hacerse esta pregunta, pues posiblemente, seguro, haya tantas formas de vivirla como madres, pero en esta ocasión nos detenemos en el desgarró emocional que surge cuando estas mujeres no pueden llevarse a su niño o niña recién nacido al trabajo. Es una imagen, tal vez, no exenta de identificaciones estereotipadas, que las saraguras crían a sus hijos e hijas cargados a la espalda, mientras desarrollan sus tareas diarias. Pero esta experiencia de la maternidad de continuo contacto y apego entre madre e hijo/a, ya no puede ser vivida como inmigrantes que trabajan en los campos y almacenes u otros empleos, y esto provoca que vaya forjándose una autoidentidad como madre marcada por el abandono, lo que provoca en ellas una tensión interior, manifestada en el lamento por no poder estar cargando a su bebé, pero al mismo tiempo encuentran el modo de acomodar esos sentimientos pensando que su sacrificio y el de su niño o niña, va a posibilitarle un futuro mejor. Por supuesto, no todas viven este sacrificio ni con el mismo desgarramiento ni de la misma forma, pues las que desempeñaban en Ecuador un trabajo remunerado, al margen de la economía doméstica, hubieran tenido que dejarlos al cuidado de otra persona. Si insistimos es porque se vea que es otra forma de vivir y por dar significado a la maternidad que puede llegar a quedar invisibilizada.

Partiendo de estas consideraciones intentaremos ofrecer brevemente algunas de las claves o hitos que marcaron el proceso de adaptación a partir del que estas mujeres han ido configurando su vida como inmigrantes.

No es una parte de su vida que les guste relatar. Prefieren hablar cuando ya han logrado cierta normalización en su situación. Normalización que viene determinada por una cierta estabilidad económica, regularización y el haber conseguido reagrupar a todos o algunos de sus hijos e hijas. El olvido voluntario de esa etapa, en algunas de las mujeres, tenía mucho que ver con ámbitos afec-

algo que antes se medía con otros parámetros que no excluían lo material, pero no lo incluían como referente casi único; o al menos no se hacía por medio de cosas, como juguetes de mil modelos. Gioconda Herrera plantea que las “familias transnacionales”, más que cualquier otra familia, ante la ausencia de contacto diario o frecuente, deben realizar un mayor esfuerzo para consolidar los lazos familiares (emocionales y económicos), siendo algunas de medios las remesas, regalos, fotos, etc. “Elementos para una comprensión de las familias transnacionales desde la experiencia migratoria del sur del Ecuador”, en F. HIDALGO (ed.): *Migraciones*. pp. 228-229.

⁵⁷ En este sentido queremos destacar la investigación de S. PARELLA: “La ‘maternidad a distancia’ de las empleadas domésticas latinoamericanas en España. La vulneración del derecho a la vida familiar en el contexto de la ‘internacionalización de la reproducción’”, en J. GIRÓ (ed.): *El género quebrantado. Sobre la violencia, la libertad y los derechos de la mujer en el nuevo milenio*, Catarata, Madrid, 2005, pp. 238-273.

tivos, con sentimientos que ya habían aflorado antes de su marcha y que ahora aquí, posicionadas como inmigrantes, se ven acrecentados o reavivados al encontrarse con una realidad que les es desconocida y adversa. Esos sentimientos podrían agruparse en dos: abandono y pérdida de su identidad como madres y consiguiente culpabilidad, de la que hacen partícipe al cónyuge. Estos sentimientos se reavivan ante las dificultades iniciales para encontrar trabajo, no siendo el menor la movilidad por tierras españolas como temporeras agrícolas cada dos o tres meses, tipo de desplazamiento al que no estaban acostumbradas. Además, para algunas, fue el primer contacto con el tipo de trabajo hortofrutícola que se deriva del sistema agroindustrial en la vertiente mediterránea —cultivos intensivos y factoría vegetal—,⁵⁸ ya sea plantar o recoger, que es muy distinto al que realizaban en sus tierras; dificultades para adaptarse a las condiciones del alojamiento, a la comida, al ritmo de vida, e incluso al maltrato e incompreensión del esposo,⁵⁹ etc.

El haber llegado después del marido o de algún familiar hace que el choque con lo *nuevo*, esté amortiguado por la presencia previa de otra persona próxima. En este sentido, las casadas dicen que les hubiera sido más difícil, o incluso imposible, si sus cónyuges no hubieran estado ya aquí. Pero no por ello les fue fácil, lo que significa más bien, que se dejaron guiar por la experiencia de sus maridos. Es preciso recordar que en ellas ya se había ido produciendo la experiencia de ir construyéndose como migrantes antes de llegar a Murcia. Recordemos lo que Ana dice de su madre: “ella cuando salió a Loja (...) se agobiaba en la casa, y le costó mucho acostumbrarse a vivir en la ciudad. ‘pa’cá’ (para Murcia) ya vino acostumbrada”. Estos desplazamientos previos del ámbito rural al urbano, en cierta forma les han posibilitado tener un espacio intermedio para ir acostumbrándose a contextos espaciales diferentes a los de sus comunidades indígenas campesinas. Aunque todo indica que a mujeres como Teresa, que ya habían vivido en ciudades como Loja, Cariamanga o Quito, no les resultó más fácil acomodarse a hacerlo en Murcia, que a las que salieron directamente del barrio del Tibio, como Elena, en la provincia de Zamora Chinchipe, pues para ambas emigrar a España era salir a “otro mundo”.

Hoy, pasada esa etapa inicial, no han desaparecido algunos de esos sentimientos, pero son vividos desde otra posición, desde un nuevo proyecto migratorio y se han reacomodado. Llegar al fondo de este proceso implicaría emprender análisis diversos. Hemos optado por un aspecto que no debe subestimarse: la importancia del salario femenino, en los casos estudiados, como una clave importante para la autoestima de estas mujeres.

En las economías campesinas saraguras, en los casos que hemos estudiado, el trabajo de las mujeres se desarrolla en buena medida, al interior de la unidad doméstica, y en él se combinan diversas actividades que tienen lugar en diferentes escenarios y espacios superpuestos, produciendo una multitud de servicios básicos que permiten resolver el bienestar y las necesidades familiares diarias: la vivienda en donde tiene lugar un conjunto de tareas como el cuidado y limpieza de la casa, preparación de las comidas, etc.; el huerto contiguo a la vivienda donde cultiva hortalizas, frutales y plantas medicinales; otras parcelas igualmente próximas a la casa en las que se crían animales menores como cuyes, gallinas, cerdos, borregos, etc. El desarrollo de otras actividades implica desplazarse más allá de las proximidades de la vivienda, a las parcelas de cultivo de maíz, papa, etc., y a los pastos para atender al ganado mayor, que pueden llegar a encontrarse a varias horas de camino.

⁵⁸ Al respecto consúltense los trabajos de ANDRÉS PEDREÑO, entre los que destacamos: “Sociedades etnofragmentadas”, en A. PEDREÑO y M. HERNÁNDEZ (coord.): *La condición inmigrante*, pp. 85-86. “Construyendo la Huerta de Europa: trabajadores sin ciudadanía y nómadas permanentes en la agricultura murciana”, *Migraciones*, n° 5, 1999, pp. 87-120. “Gitanos, magrebíes, ecuatorianos: una segmentación étnica del mercado de trabajo en el campo murciano”, *Ecuador Debate*, 54, 2001 [en línea]. [Fecha de consulta: 09/11/2004]. Disponible en: <<http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/paginas/debate369.htm>>.

⁵⁹ Un análisis más exhaustivo de esta temática ha sido desarrollado en: L. PROVENCIO: “...Pero verás”.

Así pues, en la unidad doméstica las actividades que realizan las mujeres desbordan lo netamente doméstico, pues en el transcurso de una jornada diaria aquél es inseparable del doméstico agrícola, doméstico pecuario, doméstico mercantil, doméstico destinado al autoconsumo, etc.⁶⁰

Esta especialización, les hace realizar diariamente un sin fin de trabajos ineludibles, calificados teóricamente dentro de la esfera reproductiva y no valorados en términos económicos, pero que contribuyen al bienestar material y la reproducción de la unidad familiar. Por el contrario sus cónyuges, que pueden o no realizar al interior de la explotación económica familiar sus tareas –depende fundamentalmente de su disponibilidad de tiempo y de si viven con la familia–, están empleados fuera de esa esfera recibiendo un salario (maestros, empleados de una empresa de telecomunicaciones, etc.).

Paralelamente a las tareas femeninas descritas, las mujeres desarrollan otras remuneradas derivadas de las anteriores, doméstico mercantil, fundamentalmente la venta de hortalizas, huevos, animales que ellas mismas han ido criando: cuyes, gallinas, cerdos, etc., y la comercialización del queso, elaborado con la leche de las vacas, destinado al autoconsumo y la comercialización:

De las vacas sacábamos la leche, el queso (...) eso era “pa” vender la semana, “pa” comprar de otras cosas que nos faltan [¿dónde lo vendía?].⁶¹ Por cada fin de semana sé salir a Loja, sábado, viernes (...) yo sé negociar el queso (...) y ya tenía ahí un poquito de ganancia “pa” mi (...), “pa” llevar la comida... a veces faltaba algo de comprar para mi hija. Y mi marido trabajaba en Zamora... él no paraba... andaba por donde que ni lo sé, lo que ganaba él lo restaba un poquito, a veces, a veces... me daba, yo mismo le sé decir: “tú lo que trabajabas es sólo para ti”... a él le quedaba muy poco, a veces dejaba pagando muy poco (...) el desmonte... pero esa plata no nos resistía “pa” nosotras vivir. Yo, porque trabajaba así en el campo (...) cuando ya no avanzaba comer, sacaba vender huevo, sacaba vender queso y... ahí vivía... de hambre no me estaba muriendo... así vivía, tener mucho no, pero trabajaba y vivía yo y mis dos hijas (Elena, 30 años).

La aportación femenina tiene una gran trascendencia para la subsistencia de la unidad familiar, y ellas mismas, como hace Elena, así lo constatan. Este testimonio es importante, entre otras, por dos razones: porque Elena no percibe que el tiempo y trabajo requerido para las distintas actividades relacionadas con la producción y comercialización: elaborar el queso, criar gallinas para obtener huevos e ir a venderlos a un mercado que está a dos, a veces tres horas de autobús,⁶² sea algo profesional, sino una continuación de su trabajo en el espacio doméstico,⁶³ y la segunda porque la pluriactividad de Elena es percibida por ella, como el medio del que obtiene plata para cubrir sus necesidades básicas y las de sus hijas. Así pues, ella no conceptualiza esa “plata” como un complemento a las rentas del cónyuge, más bien al contrario, la considera como la única renta familiar que, a veces, es complementada mínimamente por lo que le da el esposo.

⁶⁰ V. RODRÍGUEZ y R.D. QUINTANA: “Paradojas conceptuales del género en procesos de cambio de mujeres indígenas y campesinas en el México rural”, *Cinta de Moebio*, Revista electrónica de epistemología de Ciencias Sociales, n° 13, marco 2002 [en línea]. [Fecha de consulta: 09/12/2005]. Disponible en: www.moebio.uchile.cl/13/rodriguez.htm. La temática de las mujeres campesinas (indígenas y/o mestizas) en Ecuador, además de en las obras ya citadas, puede estudiarse en: K.A. STØLEN: *A media voz. Ser mujer campesina en la sierra ecuatoriana*, CEPLAES, Quito, 1987. M. WEISMANTEL: *Alimentación, Género y pobreza en los Andes Ecuatorianos*, Abya-Yala, 1994. Las investigaciones al respecto son diversas, pero para no extendernos en exceso remitimos al trabajo de G. HERRERA: “Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento el reconocimiento”, en G. HERRERA (comp.): *Estudios de género*, FLACSO-Ecuador, ILDIS, Quito, 2001, pp. 9-75. En este artículo realiza una valiosa presentación y comentario de la bibliografía e investigación más destacadas sobre los estudios de género, en el que dedica una parte a las mujeres campesinas e indígenas.

⁶¹ Entre [] pregunta realizada por mí.

⁶² No todos los fines de semana empleaba en el autobús el mismo tiempo en llegar a Loja, dependía de cómo estuviera el firme de la panamericana, si había o no derrumbes, etc. A este tiempo hay que añadir el que dedicaba en llegar de su casa a la carretera, por un camino de “herradura”, casi una hora.

⁶³ M. VILLARINO: “Mujeres agricultoras en dos mundos: Ecuador y España”, *Xeográfica, Revista de Xeografía, Territorio e Medio Ambiente*, n° 4, 2004, p. 179.

Otros casos incluyen matizaciones del modelo anterior. Cuando las necesidades familiares se resuelven desde la cooperación conjunta de los trabajos aportados por los distintos miembros del hogar, aparece en las mujeres el concepto “ayuda” a las rentas familiares para calificar sus propios ingresos. Conceptuar la experiencia de vender cuyes o gallinas, como ayudas, supone distorsionar la realidad; por lo tanto el que estas mujeres consideren ese tipo de trabajo como complementario al del marido es una cuestión de construcción ideológica que se basa, entre otras razones, en el hecho de que las actividades femeninas remuneradas son una extensión de las domésticas.⁶⁴

Con la llegada de las emigraciones y la salida de las mujeres saraguras se produce la separación de la producción en la unidad familiar. Esto conlleva la individualización del trabajo: la mujer y el hombre trabajan fuera del espacio doméstico. En este contexto los salarios masculinos son insuficientes, de ahí que se necesite el salario de las mujeres. En los estudios que hemos realizado, todas las mujeres coinciden en que, en la emigración, deben trabajar los dos; de lo contrario no se puede sostener el proyecto migratorio. El trabajo de la mujer saragura inmigrante sale de la unidad doméstica y se incorpora al mercado laboral extradoméstico por el que la mujer percibe una paga, convirtiéndose, así, su sueldo en un ingreso monetario, no de mera ayuda al jornal del marido. Se puede decir, pues, que el salario masculino por sí mismo es incapaz de sostener el proyecto migratorio.

Ahora, como inmigrantes, se han incorporado al mercado laboral en espacios extradomésticos y reciben un salario. Este hecho, entre otras cosas, está suponiendo para ellas la transformación en la valoración de su autoestima como mujeres.⁶⁵ En los testimonios se puede oír: “trabajamos los dos, eso se ve muy bien”, “aquí se gana, allí no”, “no quiero ser como antes, todo el día con las vacas...pienso poner un negocio y ganar”, “si la mujer trabaja puede ganar dinero y eso gusta”. Están encontrando un camino para autovalorarse, en el que se involucran la subjetividad, el dinero personal, y un trabajo que es remunerado porque es reconocido.

Estos pensamientos contrastan con los del siguiente texto, en el que una mujer habla de cómo el trabajo de las mujeres no es valorado ni respetado –con matizaciones, desde luego– por los esposos porque no se obtiene un sueldo:

No se respeta, *es como si la mujer no estuviera trabajando, porque son trabajos propios de mujeres, y no se dan cuenta (maridos) que aunque no tienes un sueldo mensual estás trabajando...* Tú vienes agotada, porque las mujeres, casi todas las mujeres tienen que llevar un crío en la espalda, porque eso es lo que más allá hay: hijos. Entonces vienes agotada, de venir trayendo el crío, y vienes de caminar subidas y bajadas, y todavía llegas y tienes que atender a tus hijos, al marido hacer la comida, y aparte cuidar los animales: poner de comer a los pollos, si tienes ovejas traer “pa” dormir... Y los hombres, la mayoría, no se preocupan en ayudarte (Ana, 25 años).

Para Ana, como para el resto de mujeres, esta situación ha cambiado desde el momento en que tienen un salario. Ésa es una de las grandes diferencias que encuentran: que aquí trabajar es pagado con un salario. Evidentemente cabría hacer varias matizaciones, e incluso quedan aspectos por desarrollar, porque estos cambios van generando transformaciones en las relaciones de género, y cierto es que habría que analizar lo que ocurre con el trabajo propiamente doméstico en el contexto de la inmigración,⁶⁶ pero solamente podemos ofrecer aquí la mirada que proporcionan las mujeres sobre sí mismas: su esfuerzo, su dedicación, su tiempo, su trabajo, e incluso su sacrificio son valorados.

Para terminar, volvemos a leer las últimas palabras del relato que Ana hacía de la emigración de su madre allá, en Ecuador:

⁶⁴ M. VILLARINO: “Mujeres agricultoras”, p. 176.

⁶⁵ M. LAGARDE: *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*, Horas y Horas, Madrid, 2000.

⁶⁶ Temática tratada en: L. PROVENCIO: “Mundos Indígenas”.

Es como que cuando ya terminas de cocinar recoges la cocina, te falta algo “pa” seguir haciendo, porque estás en el campo y no paras: te vas a limpiar la huerta, a quitar la mala hierba, te vas a seguir plantando alguna cosa... lavar.

Laboriosidad: a ella está aludiendo Ana. Resultaría excesivamente complejo analizarlo cuando lo que pretendemos es concluir este artículo; pero queremos hacerlo resaltando la analogía que Ana establece entre el trabajo que una mujer realiza en el ámbito doméstico de un departamento en la ciudad –Loja, Zamora Chinchipe o Murcia es lo mismo– con el que realiza una mujer saragura en el ámbito igualmente doméstico de su comunidad rural. En algún momento en los relatos de las mujeres aparece el concepto *laboriosidad* unido a la feminidad, en contraposición a la ociosidad. Es como si esa cualidad fuese especialmente cultivada por las mujeres, en las distintas etapas de su vida: tanto si son niñas, como adolescentes o adultas, pues siempre hay cosas que hacer en el espacio doméstico. Las manos de la mujer siempre deben andar ocupadas, y esto lo aprenden como un valor femenino desde niñas:

Mi mamá nos enseñaba (dos hermanas) a hilar guango. Andar en el camino ella no quería que andemos rasi-tas, así de caminar de la casa las vacas con el guango, *ella no quería ver rasito*, a veces nos llevábamos el guango a marcar un poco de leña o hierba, ella no quería que andemos nosotras con las manos vacías, mi padre lo mismo, ¡uf,! ¡si no llevamos el guango a coger leña o coger hierba!, *a llevar cualquier cosa pero no de ir vacío* (Elena. 30 años).

Hilar guango es una actividad propiamente femenina, y puede verse a mujeres de diversas generaciones hilando en su andar diario, cuando caminan, cuando asisten a reuniones,⁶⁷ o por la noche antes de acostarse. Las manos son el espejo de la feminidad y ellas dirán si pertenecen a una buena o mala mujer. La buena hija, esposa, viuda, madre... mujer saragura es trabajadora y esa imagen se refleja en el espejo que son sus manos.

La emigración de Teresa, de María... desafió a un atributo de la identidad femenina indígena: las obligó a dejar sus manos paradas. Ellas echaron y echan de menos criar sus animales, hilar guango, cultivar sus plantas medicinales, es decir *su costumbre*. Es éste un desafío que merecería más de un comentario, pero podríamos hacernos una simple pregunta: ¿en qué ocuparon y ocupan Teresa y María sus manos? No es tan sencillo responder. De momento lo planteamos sólo como una metáfora sobre la construcción de las identidades femeninas indígenas en el contexto de la inmigración. Por ahora nos resistimos a sacar conclusiones. Preferimos plantear interrogantes que abran nuevos caminos de reflexión; aquí sólo hemos ofrecido un breve análisis de un tema complejo.

Lo que, de momento, estas mujeres están escribiendo es que la emigración forma parte de sus vidas pasadas, presentes y también futuras y que, si es cierto que se han visto obligadas a cambiar a lo largo de sus trayectorias migratorias, lo han hecho buscando un equilibrio, difícil aunque no imposible ni desconocido, entre su *costumbre* y las nuevas situaciones que crea la emigración. Tal vez ese equilibrio esté formando un nuevo espacio con entidad propia, fruto de la adaptación que conlleva ser mujer inmigrante. Aunque tal vez, como ya mencionamos en otro lugar,⁶⁸ lo más

⁶⁷ Puede ocurrir que el tiempo dedicado a asistir a una reunión, a un acto cultural, como una obra de teatro –tal y como nos contaron– sea considerado un tiempo ocioso, por lo que las mujeres aprovechan para realizar labores manuales (collares de mulló, hilar guango...).

La puesta en marcha de la Coordinadora de Mujeres de Cotopaxi, por parte de S. DUEÑAS, C. GANGOTENA Y M. GARCÉS, en las parroquias de Cusubamaba y Mulalillo del cantón Salcedo al sur de la provincia, pusieron de manifiesto que la asistencia de las mujeres a reuniones sociales era percibida como una pérdida de tiempo, *Mujeres, poder e identidad*, Abya-Yala, 1997, pp. 71-73.

⁶⁸ L. PROVENCIO: “Mujeres indígenas saraguras construyendo identidades: El embarazo y el parto como inmigrantes”, en L. PROVENCIO (ed.): *Abarrotos: La construcción social de las identidades colectivas en América Latina*, Murcia, 2005.

importante es que la vida de estas mujeres ofrece toda la riqueza que encierra el concepto construcción, porque no se esconden ante un nuevo desafío, ante un nuevo espacio, ante un nuevo trabajo. Ciertamente que aparecen barreras, limitaciones, olvidos, abandonos; pero la emigración no hace inevitable la ruptura con sus propias identidades como mujeres indígenas. Ya lo pusieron de manifiesto las emigraciones internas: cambio y adaptación sí, pero no rupturas inevitables. Ellas, más bien, han ido roturando caminos nuevos y su experiencia migratoria ayuda a que se perciba lo que hay de constructo en toda vida. Dicho de otra manera: las identidades se construyen.